

Descubriendo El Molar

El Molar es la Torreta, los Pinos, las Peñas Gordas. El Molar son sus bodegas atardeciendo. La espléndida Iglesia. Es pasear por el terreno en el que Aníbal hiciera un alto en su camino. Sentarse en la antigua venta de Olivares a tomar un café, como hacían Sofía Loren y Richard Burton mientras preparaban sus películas. Es un grupo de rubias¹ que aparecen por la sierra. Desayunar porras y chocolate. La presa de Tato, las Cancheras o atiborrarse de patatas fritas molareñas como si no existiera el mañana.

Pero además, yo he estado aquí por otra cosa.

Cuatrocientos kilómetros al norte, mi perro Trosky y yo recorrimos el camino hasta El Molar con el objeto de buscar la fuente de la eterna juventud, o dicho en otras palabras, una solución médica a los achaques de Trosky, que ya tiene vividos 13 años.



Nunca antes hubiera imaginado que una clínica veterinaria pudiera estar ubicada en un edificio tan bonito, en el mismo corazón del pueblo, donde si solo nos guiásemos por la fachada, hubiésemos jurado que nos encontrábamos frente a un hotel rural, en vez de a las puertas de un centro para pequeños animales. ¡Qué pena que aquí no me puedan curar a mí también!

Teresa Florentino, una molareña tan autóctona como la Rubia de El Molar, a cuya perpetuación tanto se le debe, encabeza el equipo del centro. Hija y hermana de labradores, estudió el bachillerado en el Instituto de Colmenar Viejo, se licenció en Veterinaria por la Complutense y se especializó en Cirugía en la ciudad de México D.F.

Ella es autora del trabajo de Investigación para la Recuperación de la raza Oveja Rubia de El Molar. Es un referente importante por lo que supuso para el pueblo y para la zona de la campiña madrileña este trabajo de campo, realizado en el año 1986. Colaborando con la Comunidad de Madrid además, intervino en la prevención de enfermedades infecciosas de transmisión a humanos en las explotaciones de ganado vacuno y ovino de carne y leche.

Justo en el mismo año en el que el centro abría sus puertas hace 23 años, en el lejano 1988, nacía Raquel Rubiales, la experta y moderna responsable de Peluquería e Higiene, mientras en algún lugar de Madrid, el dibujante Antonio Mingote se apoderaba del sillón de la R de la Real Academia de la Lengua, once años después de la Declaración Universal de los Derechos de los Animales por la ONU.

—El muchacho ha tenido mala suerte con el estoque.



Por fortuna, no sólo se acabó esta visita al curar a Trosky, sino que una vez terminado el tratamiento, el *Sir Perruno* visitó la peluquería del centro, para darse un tratamiento completo, cual ilustre visitante de balneario que, en otro tiempo, tomara las aguas medicinales del manantial de la Fuente del Toro.

Es a la Clínica Veterinaria “El Molar” a quien me he estado refiriendo en estas letras, quien ha representado para nosotros la solución a un problema complejo y largo, de alergia y debilidad inmunológica. El rigor que se desprende de su diagnóstico parece estar inspirado por una larga experiencia en Medicina Interna, cercana y certera. El viaje ha merecido la pena.

El Molar es ahora también pasear con mi perro por los Pinos, coger un ramo de tomillo de entre los restos de la Tejera y al decir adiós agradecidos, el aparecer de un rebaño de rubias inolvidables a las que nunca, lástima, poder invitar al cine...

ÁNGELA GARCÍA RODRÍGUEZ

ⁱ Ovejas rubias